

Queridos hermanos y hermanas:

Mi saludo cordial es, en primer lugar, para los enfermos, que desde la cama o un sillón se unen cada semana a esta celebración. Para ellos llegan por entero las palabras impresionantes de Jesús: "Yo os aliviaré. Venid a Mí".

Y hoy debo saludaros con especial afecto a los que pasáis gran parte de vuestros días en la carretera o en el asfalto de las ciudades. Os saludo a vosotros, amigos camioneros, aquí tan numerosos, como otros años. Os saludo a los taxistas, a los conductores de autobuses, a los transportistas, a los motoristas y recaderos, a las escuelas de conductores. Saludo a los responsables de la Jefatura Provincial de Tráfico, y a los agentes que sirven al tráfico por las carreteras. Saludo a las Delegaciones diocesanas de Apostolado de la carretera y a mi hermano, el Obispo Carmelo, que las coordina y anima.

En este domingo en todas nuestras parroquias se os recuerda, como lo estamos haciendo en esta Eucaristía, celebrada al aire libre, rodeada del mundo de la carretera y de coches y de cabezas tractoras, a pocos metros de la autovía. Desde Alicante os saludamos.

La primera lectura que hemos escuchado es un precioso poema del profeta Zacarías. Dios cabalga. Y es preciso subrayarlo, cabalga en un asno, en un pollino de borrica. Dios se puso a caminar hacia los hombres y nos habla de alegría. Jesús se llamó Él mismo "camino". Camino que trae la paz. Camino que une. Camino que hace convivencia e intercambio. Camino que rompe el aislamiento. Camino sin fronteras. Camino que lleva a Dios y camino que acerca al hombre. Siempre camino de paz.

Os veo, amigos camioneros, en lo alto de vuestra erguida cabina. Oteáis desde esa altura. Tenéis una misión y es acercar lo que está lejos. Se os pide siempre atención. Os veo a todo el mundo de la carretera. El lema de este año habla de "*cortesía*", que vale para vosotros y para todos los que alguna vez estamos al volante. La gran mercancía del tráfico es la convivencia y la paz, la comunicación en la carretera. Y sabéis los conductores que tiene mucha importancia la línea continua, o el límite de velocidad, o el ceda el paso. Respetarlo es cortesía y salva vidas. A pesar del cansancio o de las prisas manifestadas, sabemos que lo más importante es sembrar la carretera o las calles de convivencia y de paz, y solidaridad.

En la cabina de muchos camiones veo imágenes del Señor o de la Virgen. Quiero pensar que siempre lleváis como copiloto a Jesús y a la Virgen. Amigos: Jesucristo en cada cabina. Jesucristo, en cada taxi. Jesucristo, junto a cada conductor, para llenar las carreteras de respeto, de vida.

Me refiero ahora, como segunda palabra, al Evangelio. Es una impresionante página de San Mateo. Son extraordinarias sus palabras.

Jesús habla de gente agobiada y cansada. De las dos cosas sabéis muchos conductores. El tacógrafo os controla. Pero hay que llegar a la hora al mercado. Hay que cruzar la frontera en el tiempo indicado. Es pesado conducir por las calles con atascos. Es duro dejar la familia, a veces, semana tras semana. Conocéis también el agobio de si sacaréis adelante a vuestra familia. Además es también muy doloroso escuchar cada lunes el parte sangriento de vidas cortadas en la carretera, muchas vidas de jóvenes. La carretera a veces la convertimos en una trampa, y se convierte en sepulcro.

Jesús, a vosotros y a mí, nos habla de recorrer un camino. "Venid. Venid a mí", como decía a los enfermos. Lo leo como señal con fondo azul, de sentido obligatorio.

Y es cierto, quien se encuentra con el Señor, que conoció el trabajo y los callos en sus manos, aprende la cortesía de servir y ayudar a los demás. Él habla de dos virtudes de personas serias y fuertes: el ser acogedores y el ser humildes y sencillos. Es decir, ser hombres, ser humanos. Vuestra gran potencia no la dan los cinco ejes ni los caballos de vuestro camión. Es el camionero lo más importante. Y lo es el taxista o el transportista. Somos los que conducimos, los que usamos con

